

*Sobre poesía ingenua y poesía sentimental: una postura
estética y política*

Por

XIMENA GAMA CHIROLLA

Ponencia 6

Friedrich Schiller

Ruine Eldena, 1836, Acuarela, 22,7 x 23,5 cm, Dresden, Kupferstichkabinett.



Ximena Gama

Cursa décimo semestre de Filosofía en la Universidad Nacional de Colombia. En la actualidad se encuentra trabajando en su monografía, la cual estará dedicada a la relación existente entre la nostalgia y la libertad en las *Cartas sobre la educación estética del hombre* y en *Sobre poesía ingenua y poesía sentimental* de Friedrich Schiller.

Introducción

Para qué poetas en tiempos de miseria.

[De: Pan y vino]

Empezar con un verso de Hölderlin puede ser un tanto extraño, si tenemos en cuenta que nos encontramos en el marco de un coloquio sobre Schiller. Sin embargo, citar a Hölderlin cumple un propósito específico: mostrar cómo, a pesar de la cercanía que mantuvieron estos dos poetas (no sólo por la época en que vivieron, plena Revolución francesa, sino por muchos otros factores como la influencia de Winckelmann y Kant, entre otros) en tanto que predecesores del Romanticismo, difieren, desde mi punto de vista, en una cosa: Schiller no niega la función, utilidad o beneficio del poeta en tiempos de penuria. Por el contrario, lo que el autor de las *Cartas sobre la educación estética del hombre* pudiese haber afirmado sería: ¿para qué poetas en tiempos de idilio o de felicidad?; ¿para qué poetas cuando se ha obtenido la libertad?

Para Schiller la poesía debe ser el camino, en tanto que testigo y reflejo de la historia, para conseguir la libertad y la felicidad humanas, el Eliseo o lugar en el que se manifestará la humanidad completa. Así queda declarado en las cartas, aunque se haría más evidente en un escrito posterior a ellas: *Sobre poesía ingenua y poesía sentimental*, texto del cual me ocuparé de aquí en adelante.

El propósito de mi escrito consistirá en evidenciar -desde tal ensayo- la propuesta política que se encuentra detrás de la descripción (histórica casi por completo) del modo cómo se ha generado el arte, específicamente hablando, los géneros poéticos, lo que se verá a la luz de las categorías schillerianas: ingenuo/sentimental, antiguo/moderno.

Antes de iniciar con la exposición, será importante aclarar que la discusión que atraviesa a *Sobre poesía ingenua y poesía sentimental* es la consecuencia de la *querelle* de los antiguos y los modernos, que desembocó en Francia -luego del gran período clasicista- a finales del siglo XVII. No es posible entender a cabalidad este último ensayo filosófico de Schiller, sin antes contextualizarlo en tal discusión, razón ésta por la que me tomaré unos minutos para explicar los antecedentes por los cuales el autor lo escribió.

La *Querelle des anciens et des modernes*

La querrela de los antiguos y los modernos tuvo lugar en Francia a finales del s. XVII y principios del s. XVIII, marcando el cambio del Clasicismo a la

Ilustración. Esta discusión, que emergió básicamente de la pregunta sobre el canon perfecto de lo bello (una preocupación de la estética clasicista¹), quedó saldada por una solución de tipo historicista, que reconoció las diferencias existentes entre la época antigua y la época moderna, punto de vista éste bajo el cual se determinó que tanto las obras de arte modernas y como las antiguas eran productos de etapas distintas y, por ende, incomparables entre sí (Jauss, 2000: 68). La emergencia de esta postura hizo que la polémica encontrara su término, y que la discusión que se había dado a través de preguntas como: en materias de arte ¿son mejores los antiguos o los modernos?, encontrara solución. Desde ese momento, la mirada historicista no intentaría establecer puntos comparativos de valoración entre cada una de las épocas, sino que los análisis se basarían en el modo “correcto” de mirar la antigüedad, para comprender (relacionar y/o distinguir) la creación artística de los modernos y las obras clásicas. Diremos entonces que la querrela que heredó Alemania (sobre todo en autores como Schiller o Hölderlin) recibiría el influjo de las posturas herderianas² y de la Revolución francesa³, mas no de los puntos de vista caracterizados por la pregunta por el canon de lo perfecto o modelo absoluto de belleza.

Schiller: lo estético en función de lo político

Schiller, como moderno (heredero de las posturas historicistas que emergieron a raíz de la querrela), es consciente de su propia temporalidad y reconoce las peculiaridades propias de su época y cultura, las cuales no sólo serían diferentes de la época y cultura antiguas, sino -considera el autor- mejores y más perfectas. Aun así Schiller, que retoma la posición de Herder, consideraría que por estar determinado teleológicamente el decurso histórico, es decir, dirigido hacia una finalidad específica, los modernos, en tanto que más cercanos a esa meta o estado, serían mejores que sus predecesores, los antiguos.

Schiller puede ser considerado como uno de los primeros pensadores que sometió los análisis estéticos en razón de una postura política o, al menos, del establecimiento de un proyecto como tal. Ensayos suyos sobre arte como *Sobre poesía ingenua y poesía sentimental* tienen constantes alusiones y críticas a hechos como la Revolución francesa, el liberalismo y el utilitarismo, haciendo evidente que toda manifestación artística va de la mano de un hecho político, cultural o social, y en vista de que no sólo refleja sino que también representa el espíritu de su época, en el caso específico de los modernos, el espíritu moral.

A su vez, en las primeras *Cartas sobre la educación estética del hombre*, el autor afirma que el arte debe ser el instrumento que genere una reforma política, pues es el único medio a través del cual se puede ennoblecer el carácter degenerado

del hombre, y la única manera de posibilitar el arribo al estado ideal o, lo que se llamaría posteriormente, estado estético. Al respecto, dice Schiller: “convenceros de que para resolver en la experiencia este problema político hay que tomar por la vía estética, porque es a través de ella como se llega a la libertad” (1990: 2a carta).

De esta manera, un análisis basado en los últimos tratados filosóficos de Schiller, especialmente en *Sobre poesía ingenua y poesía sentimental*, deberá girar en torno a dos ejes: 1. a la manera cómo se plantea la relación entre arte e historia, a través de las categorías ingenuo/antiguo y moderno/sentimental, y 2. al hecho de establecer (a partir de la dicotomía de esas dos parejas) a lo antiguo como representante del estado natural, y a lo moderno como representante del estado moral. La conjunción de lo antiguo y lo moderno generará el estado estético o estado que dará lugar al ideal de humanidad.

1. Categorías estéticas: antiguo/ingenuo y moderno/sentimental

Schiller poseía una conciencia de su ser histórico, a saber: su condición de moderno. Esta conciencia le permitió ver a Grecia como una época pasada e irrecuperable, lo que le produjo en un principio un sentimiento de nostalgia (tristeza), generado por la pérdida de la antigua Grecia.

Escribe en *Los dioses de Grecia*:

Hermoso mundo, ¿dónde estás? ¡Vuelve,
amable apogeo de la naturaleza!
Ay, sólo en el país encantado de la poesía
habita aún tu huella fabulosa.
El campo despoblado se entristece,
ninguna divinidad se ofrece a mi mirada,
de aquella imagen cálida de vida
sólo quedan las sombras. (1998)

Sin embargo, Schiller no se estanca en este sentimiento, e inicia un análisis sobre lo griego, encontrando las condiciones y las características por las que este pueblo había sido considerado (por mucho tiempo) el modelo de la perfección. En *Sobre poesía ingenua y poesía sentimental*, lo moderno es caracterizado como aquello que no es antiguo, aunque, a la vez, está determinado por ello. Las diferencias principales entre lo antiguo y lo moderno se configuran con base en un único aspecto: la relación del sentimiento que el sujeto guarda para con la naturaleza: en la antigüedad, el hombre era uno con ella, no había ninguna escisión entre sujeto y objeto (categorías que sólo llegarían con la epistemología

moderna); el hombre antiguo era naturaleza, y como tal, todo su ser estaba regido por ella. Por el contrario, lo moderno es la distancia entre la naturaleza y el sujeto. Para el hombre moderno, el mundo ya no es experiencia sino que es objeto de reflexión, lo que los convierte a él y a su producción en artificio, es decir, en aquello que sólo es objeto del pensamiento.

Leemos en Schiller:

Ellos [los antiguos] sentían naturalmente; nosotros sentimos lo natural. [...] Nuestro modo de conmovernos ante la naturaleza se parece a la sensación que el enfermo tiene de la salud.

Así como la naturaleza fue poco a poco desapareciendo de la vida humana en cuanto *experiencia* y en cuanto *sujeto* (sujeto que obra y siente), así la vemos surgir en el mundo de los poetas como *idea* y como *objeto*. (1985: 85)

Los griegos al mantener una unidad con la naturaleza, y los modernos al ser aquellos que buscan tal unidad, encarnan, respectivamente, lo que Schiller ha categorizado como ingenuo y sentimental: lo ingenuo está mediado por la *experiencia*; lo sentimental está mediado por la *reflexión*. Si bien estas categorías son empleadas por Schiller para distinguir las creaciones poéticas de su época de las de los antiguos, paralelamente, el autor no excluye que la poesía ingenua pueda darse en la modernidad, ni tampoco que la poesía de algunos poetas antiguos haya sido sentimental. Lo que es evidente, es que para Schiller cada poeta es hijo de su época, ya sea la antigua natural (ingenua) o la moderna artificial (sentimental).

Todo poeta [-declara-], si lo es de verdad, pertenecerá -según la condición de la época en que florezca o las circunstancias accidentales que hayan influido en su formación general y en su estado de ánimo transitorio- sea a los *ingenuos*, sea a los *sentimentales*. (1985: 86)

Para Schiller, la creación poética (y, por lo tanto, el artista) está determinada por la naturaleza. “La naturaleza es la única llama que nutre al genio poético”. Entonces el poeta “o es naturaleza o la buscará” (1985: 90), convirtiéndose así en testigo o vengador de ella.

Por estar determinado el temperamento poético por la relación que tiene el sujeto con el mundo, es que Schiller manifiesta que, en el caso de la poesía ingenua, las acciones nobles y dignas de una naturaleza verdadera son consideradas, no solamente algo cotidiano sino también una expresión necesaria de la misma naturaleza. Es decir: es normal que en los cantos griegos las acciones “morales” o, mejor, aquellos actos considerados por un griego moralmente dignos fuesen naturales en todo el sentido de la palabra. Toda acción hermosa es determinada

necesariamente por una naturaleza hermosa, naturaleza que siempre se reflejará en su época.

Escribe Schiller:

La estructura de toda su vida social [la de los griegos] se basaba en la sensibilidad, no en una hechura del arte [como artificio]; su mitología misma era inspiración de un sentimiento ingenuo [...]. No habiendo perdido el griego, pues, la naturaleza en la humanidad, tampoco podía asombrarse de ella fuera de la humanidad ni sentir tan urgente necesidad de objetos donde volver a encontrarla. Acorde consigo mismo y feliz en el sentimiento de su humanidad, debía detenerse en ella como en su destino supremo y esforzarse en acercarle toda otra cosa [...]. (1985: 85)

Pero por el contrario, los modernos jamás podrían tener una poesía de esa clase (sólo en la medida en que un espíritu esté lo suficientemente resagado de las determinaciones de su propia cultura es posible ver la ingenuidad del poeta moderno), pues la relación entre el sujeto y la naturaleza se encuentra determinada ya no por la libre necesidad de ésta, sino por el sentimiento frente a la cultura de aquél, en últimas, por el artificio. Ante esta situación, la poesía sentimental intentaría no recuperar, pero sí entablar una relación con la naturaleza (distinta a la de la poesía ingenua, claro está) y con el pasado, relación que, como ya se dijo, estaría fijada a través del anhelo y de la nostalgia.

Se declara entonces que la única forma de encontrar la armonía perdida con la naturaleza es a través de lo inerte, a través del testimonio de las obras de arte, ya que el poeta moderno jamás se someterá de manera ingenua a su realidad (ya escindida) sino que, como espectador de la naturaleza verdadera (que se le muestra desde la poesía antigua), y gracias a la libertad de su intelecto, de su imaginación, hará de tal naturaleza su ideal. En otras palabras: el poeta dirigirá la mirada en otra dirección: hacia la humanidad completa.

Armonía ingenua, la expresión más alta de la humanidad de los antiguos

La armonía ingenua se entiende como la eterna unidad del hombre consigo mismo, y como la correlación inmanente existente entre la naturaleza y el sujeto. Allí no existe ninguna posibilidad de diferenciarlos, es más -afirma Schiller-, es un momento en donde el objeto poseía por entero al sujeto, y éste era obra suya.

Como tal unidad difiere en muchos elementos del temperamento y de la creación del sentimental, aquí no se podrá referir a conceptos como libertad y reflexión. El hombre antiguo, al ser uno con la naturaleza, se somete a sus reglas. El -como ser natural que era- no podía desafiar lo objetivo; al no poseer voluntad ni tener la

capacidad de decidir sobre sus acciones, se encontraba sometido al ritmo propio de las leyes naturales. Por ello, tanto el tema como el lenguaje usado por los poetas antiguos nacía y se generaba de su realidad; para ellos nada podía ser inventado ni mucho menos contingente; la más pequeña de las calamidades era producto de la necesidad y -declara Schiller- todo, absolutamente todo (desde la mitología hasta su sentido social y político) estaba determinado a partir de la necesidad del espíritu natural, espíritu que compartía el hombre.

En tanto que la naturaleza no era objeto del hombre sino el hombre mismo, su realidad, es evidente el hecho de que en la antigüedad no existió la posibilidad de la reflexión del sujeto ante el objeto ni ante sí mismo. Como el hombre antiguo era de por sí un ser completo, en tanto regido por una naturaleza necesaria y real, no manifestó ningún impulso hacia el cuestionamiento. Pero esto último no quiere decir que el hombre tuviera un espíritu servil hacia la naturaleza (si bien intentaba imitarla en tanto perfecta), todo lo contrario: el hombre era de por sí naturaleza; estaba tan imbuido en ella, que no había espacio alguno para la reflexión ni para su separación de ella. Tanto el hombre como la naturaleza antiguos fueron perfectos, constituyeron de manera natural el absoluto, sin divisarse aún un interés por el progreso: todo radicó en la experiencia de la realidad perfecta, de la naturaleza verdadera.

Temperamento sentimental: un ideal por alcanzar

El temperamento sentimental, expresión ésta de la humanidad o la unidad más alta, no es un hecho sino un ideal.

La diferencia radical entre ingenuos y sentimentales se generó a raíz del nacimiento de la cultura como acontecimiento artificial, un hecho que traería consigo la escisión del hombre y la naturaleza. Esta separación se llevó a cabo gracias, por un lado, a la conciencia que adquirió el individuo de sí mismo, y que lo hizo distinguirse de lo natural, y, por otro, a la transformación de un espíritu natural y sensorial en un espíritu moral, y que Schiller describe en los siguientes términos:

La naturaleza [...] no radica en otra cosa que en ser espontáneamente, en subsistir las cosas por sí mismas, en existir según leyes propias e invariables.

Es indispensable que admitamos tal concepción si hemos de tomar interés en semejantes fenómenos. Aunque a una flor artificial pudiera dársele la más acabada y engañosa apariencia de naturaleza, aunque la ilusión de lo ingenuo en las costumbres pudiera llevarse hasta el máximo grado, al descubrir que era una imitación quedaría sin embargo anulado el sentimiento a que nos referimos.

De esto se desprende que tal manera de complacencia en la naturaleza [es] moral; porque no es producida directamente por la contemplación, sino por el intermedio de una idea.

Tampoco se rige de ninguna manera por la belleza de las formas. ¿Pues qué tendría por sí misma de tan agradable una insignificante flor, una fuente, una piedra cubierta de musgo, el piar de los pájaros, el zumbido de las abejas...? No son esos objetos mismos, es una idea representada por los objetos lo que amamos en ellos. Amamos en ellos la serena vida creadora, el silencioso obrar por sí solo, la existencia según leyes propias, la necesidad interior, la unidad eterna consigo mismo. (1985: 68)

Aunque a lo largo del texto Schiller no da una definición exacta de lo que es lo moral, de la anterior cita se puede deducir que: lo moral es la complacencia producida por una idea y ya no por la naturaleza. En pocas palabras: lo moral es la complacencia directa por la idea. Pareciera aquí, en un principio, que esa complacencia jamás puede estar referida al objeto real de la misma manera a como sucedía en la armonía ingenua, pues allí el sujeto se complacía en la contemplación del objeto, determinada por un espíritu sensorial.

Es precisamente la carencia de ese espíritu natural lo que se aprecia en la descripción que hace Schiller del temperamento sentimental, una carencia a partir de la cual, pareciera, entra el autor a determinar el espíritu moderno. Escribe:

[...] siempre vemos en ellos aquello de que carecemos, pero por lo que somos impulsados a luchar, y a lo cual, aunque nunca lo alcancemos, debemos esperar acercarnos, sin embargo, en progreso infinito. Vemos en nosotros una ventaja que a ellos les falta, y de la cual no pueden participar nunca (así en el caso de los irracionales) a lo sumo (como en el caso de los niños) no de otro modo que siguiendo nuestro propio camino. Nos procuran por lo tanto el más dulce goce de nuestra humanidad como idea [...]. (1985: 69)

Y luego, continúa afirmando que, a diferencia de lo antiguo, lo moderno:

[...] tiene grados y progreso, el valor relativo del hombre en estado de cultura, tomado en general, no es nunca determinable, aunque, considero individualmente, se encuentra en necesaria desventaja con respecto a aquel en que la naturaleza obra en toda su perfección. Ahora bien: como el fin último de la humanidad no puede alcanzarse sino mediante este progreso, y como el hombre en estado natural no puede progresar de otro modo que cultivándose y pasando por consiguiente al otro estado, no puede haber duda sobre a cuál de los dos, en consideración a ese fin último, corresponde la preferencia. (1985: 92)

Esta idea de progreso infinito, generada por la reflexión propia del hombre moderno ante lo ingenuo, tiene una importancia mayor dentro de las posiciones schillerianas. En este punto, se ve cómo la nostalgia, categoría por completo moderna, no es el único sentimiento que determina el temperamento sentimental. A partir de la tristeza por la naturaleza perdida, el deber del poeta sentimental es entablar una relación con aquella pérdida, construyendo un ideal de armonía desde el que se intentará alcanzar (no recuperar) aquella unidad. El mismo ideal, generado por la reflexión infinita, será el que estimule al hombre para que se

dirija constante y progresivamente hacia aquél.

El estado de progreso infinito es el que configura el estado moral del hombre moderno, y únicamente la poesía sentimental puede expresarlo. En otros términos, diríamos que el hombre moderno es infinito por mor de un ideal infinito, mediado, a su vez, por el uso de la razón y la imaginación, facultades que se hicieron latentes en el estado de cultura, una etapa también corrupta y artificiosa.

[El poeta sentimental, escribe Schiller] *medita* en la impresión que le producen los objetos, y sólo en ese meditar se funda la emoción en que el poeta mismo se sume y en que nos sume a nosotros. El objeto es referido aquí a una idea, y su fuerza poética se basa únicamente en esa relación. Así el poeta sentimental tiene siempre que vérselas con dos representaciones y sentimientos en pugna, con la realidad como límite y con su idea como lo infinito, y la emoción mixta que provoca dará siempre testimonio de esa doble fuente. (1985: 95)

El poeta sentimental siempre va a tener como referencia el ideal de esa humanidad perdida, y que está por completar. Su obra (o las formas poéticas) se configurará a través de ese ideal, y el efecto que tenga su poesía, ya sea de belleza, sublimidad o dolor, va a ser en acuerdo al modo como transponga ese ideal frente a la realidad imperfecta e inacabada en la que vive. Así surgen los dos géneros sentimentales: la *sátira* (*festiva y patética*), la *elegía* y el *idilio*.

El análisis que se hará a continuación estará dirigido a mostrar cómo el *idilio* confirma y conforma el ideal de humanidad, cumpliendo así con el propósito político de Schiller.

2. Función política

La armonía entre su sentir y su pensar [Schiller se refiere aquí al “hombre que ha entrado en la etapa de la cultura”], que en el primer estado se cumplía *realmente*, ahora sólo existe *idealmente* ya que no está en él, sino fuera de él; como un pensamiento por realizarse, no ya como un hecho positivo de su vida. Ahora bien, si se aplica a uno y otro estado el concepto de poesía, que no es otro que el de *dar a la humanidad su expresión más completa*, resulta que allí, en el estado de sencillez natural -en que el hombre todavía obra con todas sus fuerzas a la vez, como unidad armónica en que, por lo tanto, la totalidad de su naturaleza se expresa plenamente en la realidad-, lo que hace al poeta debe ser la *imitación*, lo más acabado posible, de la realidad; mientras que aquí, en el estado de cultura, en que esa colaboración armónica de toda su naturaleza no es más que una idea, lo que hace al poeta debe ser el elevar la realidad a ideal o, en otras palabras, *la representación del ideal*. Y son precisamente éstas las dos únicas formas que pueda exteriorizarse el genio poético. Son, como se ve, en extremo diversas; pero hay un concepto más alto que las abraza a ambas, y no tiene nada de extraño el que ese concepto coincida con la idea de humanidad. (1985: 91)

Estas son las primeras líneas que concede Schiller a lo largo del ensayo para establecer lo que yo llamaré función política, altamente arraigada en la creación estética. En la cita, el autor afirma básicamente que las dos únicas creaciones poéticas posibles -la ingenua y la sentimental- deben dar al hombre la expresión más completa de su humanidad. ¿Qué quiere decir Schiller exactamente con ello? Parece que tanto la poesía ingenua como la poesía sentimental deben situar al hombre en armonía, aunque, obviamente, por su misma relación con la naturaleza, tal armonía tenga que ser distinta: en el hombre moderno se trata de una armonía que expresa una unidad moral; en el hombre antiguo se trató de una unidad que era natural o real, positiva.

A continuación explicaré por qué la conjunción entre esas dos unidades formará el ideal de humanidad, ideal que configurará, de paso, todo el proyecto político de Schiller.

Representación estética de un proyecto político: el *idilio*

El *idilio* es un tipo de poesía sentimental (al igual que la *sátira* y la *elegía*) y se refiere a una idea; es decir, en él se aplica la idea a lo real, transponiéndolo a otro plano. El *idilio*, aunque parece referirse a lo ideal como tal, se centra ya no en la pérdida ni en la inalcanzabilidad de lo perdido (como sí lo hace la *elegía*), sino en la expresión del ideal como una verdad: en el *idilio* se representa como real todo aquello que es ideal. De manera que, al mostrar la idea como algo realizable, se transporta la humanidad a ese estado perfecto y verdadero. Su finalidad no será otra pues que “representar al hombre en estado de inocencia, es decir, en una situación de armonía y de paz consigo mismo y con lo exterior” (1985: 121).

La importancia de este género poético radica en que el hombre moderno en estado de cultura y con temperamento sentimental necesita saber o tener confianza en la realización de ese ideal, confianza que le dará esta forma poética. Llevar a cabo el ideal en pro del progreso es lo único que puede reconciliar al hombre y salvarlo de todos los males a los que está sometido por la corrupción de su cultura o estado real de humanidad. Para ello, el *idilio* intentará -a través de la voz poética- hacer no sólo visible sino también posible tal realización, llevando al hombre/lector a la armonía entre aquello infinito que le conferirá su razón y la corporeidad o confirmación sensorial de ese estado. Con el *idilio* se representa poética y realmente el ideal de humanidad propuesto por Schiller.

La armonía entre esa infinitud (el ideal) y la limitación sensorial (la realidad de ese mundo sensible) se confirma en el siguiente pasaje:

El concepto de [...] idilio es el de un conflicto plenamente resuelto tanto en el individuo como en la sociedad, el de una libre amalgama de las inclinaciones con la ley, el de una naturaleza purificada y elevada a suprema dignidad moral; en pocas palabras, no es otro que el ideal de la belleza aplicado a la vida real. Su carácter consiste, pues, en que *toda oposición entre la realidad y el ideal*, que había proporcionado materia a la poesía satírica y a la elegíaca, aparezca completamente resuelta y cese también con ella toda pugna de sentimientos. (1985: 126)

El *idilio* logra aquello que la *sátira* y la *elegía* no podían. Estas lo que hacen es poner en evidencia el estado real de las cosas en contraposición a un ideal. El poeta satírico y el elegíaco nunca resuelven lo uno ni lo otro; por el contrario, alejan más el ideal de la realidad y, por tal motivo, la armonía deseada (la reconciliación entre lo exterior limitado y lo interior ilimitado) se convierte en algo inalcanzable. El *idilio* en cambio, al reconciliar la naturaleza con lo moral y representar el ideal como algo real, no sólo se aparta de la poesía sentimental (posibilitando una nueva etapa), sino que permite que esa posibilidad se haga visible ante los ojos de los hombres. He allí su importancia política.

De todas formas, Schiller era consciente de que el *idilio* es una dramatización, y que, en tanto ficción, puede alejarse de la realidad, convirtiendo el ideal ya no en algo posible sino en algo absurdo. Es decir: que el poeta, en pro del impulso de su imaginación y de su moral, es factible se aleje a tal punto de la realidad verdadera, que convierte a aquél en una ficción, en cierta forma, irrealizable.

Apéndice u otros problemas sobre la lectura

En esta última parte del texto se desarrollarán tres puntos que se pueden desprender de la lectura del ensayo de Schiller, y que desembocan en la teoría política schilleriana.

El primero punto no es distinto de lo que se ha venido afirmando: que el *idilio* es la representación poética del estado estético, lo que también se plantea en las *Cartas sobre la educación estética del hombre*. Por haberse profundizado en esto, sólo será necesario añadir algunas cosas más. El segundo punto (luego de hacer una lectura antropológica, como muchos intérpretes de Schiller lo han efectuado) consistirá en poner más en evidencia que el autor está concibiendo la historia como dirigida hacia un fin y transcurrida en tres estados: Grecia sería un primer estado, la modernidad un segundo y, un tercer estado (que estaría por venir), el estado estético, que en las *Cartas* se plantea como la reconciliación entre los dos espíritus de los estados anteriores.

Ante este hecho se desprenderán varios problemas que se formularán aquí.

Por último, tendremos un tercer punto desde donde, y a partir del anterior análisis, se establecerá lo que se ha considerado la mayor paradoja en el pensamiento de Schiller, a saber: ¿es el arte el medio para alcanzar la meta del estado estético?, o ¿él mismo es el fin? Y asimismo: ¿el estado estético es condición para un verdadero estado moral?; ¿cómo puede ser esto, si el estado moral es anterior al estado estético? Aunque este último punto se tendría que desarrollar mejor a partir de la lectura exhaustiva de las cartas, en *Sobre poesía ingenua y poesía sentimental* se aprecia claramente el problema, que desemboca, desde mi punto de vista, en el fracaso de la propuesta política de Schiller.

De nuevo el idilio

¡Alegría, hija del Elíseo!
 Tu hechizo vuelve a unir
 lo que el mundo había separado
 todos los hombres se vuelven hermanos
 allí donde se posa tu ala suave.
 ¡Abrazaos, criaturas innumerables!
 ¡Que ese beso alcance al mundo entero!
 ¡Hermanos!, sobre la bóveda estrellada
 tiene que vivir un Padre amoroso.
 ¡Alegría, hermosa chispa de los dioses,
 hija del Elíseo!”. (Schiller, 1998)

Una de las estrofa del himno a la alegría, escrito por Schiller alrededor del año 1785, y uno de sus primeros temas de juventud, evidencia cómo a través de la reconciliación de aquello que está separado (naturaleza/moralidad, sujeto/objeto) se llega a ese paraíso anhelado que es el Elíseo, lugar no sólo de la reconciliación sino también de la hermandad, en últimas, de los dioses. Aquí, como nos recuerda Schiller en la carta 27, únicamente la belleza es capaz de hacernos felices, porque es a través de ella que se llega a la libertad (1990: 377).

En la figura del *idilio* es en donde se hace más evidente la relación existente entre el arte (la poesía) y política. Para Schiller, la poesía tiene un estatuto de verdad; gracias a ella el ideal se hace realizable en la medida en que lo convierte en una posibilidad.

En la lectura de *Sobre poesía ingenua y poesía sentimental* se ve cómo Schiller, en la figura del *idilio* o tercer género poético, postula su proyecto político. Este proyecto no es más que un anhelo de humanidad, que reconcilia los dos tipos de espíritu que él consideraba grandiosos: el ingenuo, que encarnaron los griegos, y el sentimental, encarnado por los modernos. Sin embargo, el problema que no deja de estar en esta lectura, y que el mismo Schiller reconoce, es el de encontrar

-a través del *idilio*- no tanto la posibilidad como sí una realidad efectiva; en otras palabras, hacer que la realidad de ese tercer estado (donde los espíritus se conjugan para formar una armonía o una unidad moral-natural) sea la misma que el hombre experimente. Pero ¿cómo se hace realizable lo que el *idilio* propone, en tanto ficción que es? Este es uno de los puntos que quedan abiertos, y que, sin embargo, Schiller intentó solucionar en las cartas.

El mundo que está por venir

No sólo en las cartas se hace presente el pensamiento de Schiller sobre la historia, sino que en *Sobre poesía ingenua y poesía sentimental* se observa cómo el autor estaba pensando en la historia en términos de progreso. El hombre se está dirigiendo hacia una perfección denominada estética.

Luego de haber descrito los tres estados por los cuales ha transcurrido la historia (ya se vio que el primero fue el griego, ingenuo, y el segundo fue el moderno, sentimental), diremos que al tercer estado se llega a partir de la reconciliación del espíritu moderno con el espíritu natural, es decir, de lo moral con lo natural. Y como la poesía es la representación de cada uno de los espíritus (es testigo, en tanto reflejo de la época), también poseerá un sentido teleológico. No obstante, la pregunta que es válido hacerse, y que Schiller tampoco pasó por alto, es si es posible hacer efectivo tal estado, si es posible el *idilio*.

Las primeras cartas afirman que el arte (el impulso formal y material) es el medio por el cual se debe educar al hombre para lograr su reconciliación interna, y en donde éste pueda ser libre a través de la razón y la ‘sensación’. Sin embargo, en las últimas cartas Schiller afirma que la belleza es, en últimas, la unidad reconciliada del hombre (la forma viva). Ahora bien: ¿cómo entender el hecho de que lo estético sea tanto medio como fin? En pocas palabras: ¿cómo resolver la paradoja de la belleza como condición misma para la belleza? Tal paradoja sería resuelta en el ensayo de Schiller en cuestión, si bien no positivamente porque el ideal no se hace efectivo, sino que, por el contrario, se lo deja en el mero plano de la posibilidad. Es precisamente a esto último a lo que me refiero cuando hablo del posible fracaso de la teoría política de Schiller.

El fracaso del *idilio* en cuanto realidad

A lo largo de este ensayo se ha dicho que los géneros poéticos son el reflejo de la historia, y también se ha manifestado que el *idilio* es la representación poética del estado estético. Pero no hay que olvidar que este último género es también un hijo de la poesía sentimental, y aunque represente el ideal como real, lo hace

desde un plano simbólico, únicamente como posibilidad.

Al final de *Sobre poesía ingenua y poesía sentimental* Schiller afirma que el único deber del *idilio* es guiar al hombre hasta el Elíseo, ya que no se puede volver a la Arcadia. El *idilio* debe conciliar poéticamente al hombre, haciéndole ver hacia dónde hay que dirigirse. Esto será considerado como educación. Simultáneamente, Schiller declara que esta representación es la única posible -por el momento- para hacer tangible el ideal. Es por ello que el estado estético sólo puede mostrarse desde su posibilidad, en este caso, poética. Sólo así se resuelve la paradoja y entendiendo que el estado estético es una idea regulativa, en donde lo dicho por Fichte: “el perfeccionamiento es el camino, no la perfección”, nos sirve para expresarla.

Por último, si estoy equivocada y la teoría de Schiller no fracasa, o sea, si el *idilio* puede hacerse real efectivamente, sólo me queda preguntar: ¿qué tipo de poesía se produciría en ese estado? Si el deber del arte es educar y guiar los impulsos del hombre, ¿para qué poesía en época de idilio y de felicidad? ¿Para qué poetas cuando se obtiene la libertad?

Notas

¹ La estética clasicista creyó encontrar el paradigma de lo bello en las representaciones artísticas de la cultura griega, razón por la cual la impuso como canon de imitación. Por otro lado, tal postura caracterizó la belleza desde una concepción que, como se dijo, basada en el estudio del arte antiguo, fue instaurada como único criterio posible para juzgar el arte de todos los tiempos.

² Se puede manifestar que la influencia de Herder tuvo dos matices: primero, fue el concebir a la antigüedad y a la modernidad como dos épocas distintas y, por lo tanto, con juicios de valoración diferentes. Segundo, fue el hecho de querer establecer leyes universales de la historia, con el fin de evidenciar una meta en específico. Estas podrían ser las primeras manifestaciones de una teleología de la historia, lo que posteriormente influiría los desarrollos en la filosofía de la historia de Schiller.

³ Para Rosario Assunto (1990) los ideales de la Revolución francesa renacieron en el momento en que se intentó recuperar la antigüedad perdida, para configurarla como proyecto para una historia del futuro. En pocas palabras, el intento fue el de configurar una nación (ideal de la Revolución) a través del renacimiento o de la encarnación de Grecia en un nuevo pueblo alemán. Es así como “el ideal estético se transforma en modelo de la polis ideal, en la que el presente renueva en sí a la antigüedad” (106). Esta posición sería discutible, sobre todo en autores como Schiller y Hölderlin.

Bibliografía

Assunto, Rosario.

(1990) *La antigüedad como futuro*. Barcelona: Visor.

Jauss, H.R.

(2000) “La réplica de la ‘Querelle des anciens et des modernes’ en Schlegel y Schiller”. En: *La historia de la literatura como provocación*. Madrid: Península.

Schiller, Friedrich.

(1985) *Sobre poesía ingenua y poesía sentimental* (trad. J. Probst y R. Lida). Barcelona: Icaria.

(1990) *Cartas sobre la educación estética del hombre* (trad. J. Feijoo). Barcelona: Anthropos.

(1998) *Poesía filosófica* (trad. Daniel Innerarity). Madrid: Hiperión.

Szondi, P.

(1992) *Poética y filosofía de la historia I*. Madrid: Visor.